

Pelagia*. La belleza que camina por la calle



FUENTES

CuadMon 132 (2000) 61 - 81

El bienaventurado Nono, en cambio, volvió su mirada hacia ella, intensa y largamente, al punto que, después que ella pasó, él la seguía mirando y observando. Luego, apartó su mirada de ella, diciendo a los obispos sentados junto a él: “¿No les alegra una tan gran belleza?”¹.

La historia de María Magdalena fue difundida por los evangelios, la de María Egipcíaca a través de la liturgia; pertenecen a la Iglesia toda y, a través de ellas, la verdad central de la salvación para los pecadores viene anunciada a todos. Hay una relación profunda entre estas historias y el tema bíblico de las meretrices como imagen del Israel infiel, pero más allá de la metáfora está también la realidad de personas verdaderas que vivían prosti-

* El presente es un capítulo (IV) del libro del Benedicta WARD: *María Magdalena en el desierto y otros relatos...*, publicado por Cuadernos Monásticos en su editorial ECUAM, Buenos Aires 1998. El texto usado aquí es la *Vita Sanctae Pelagiae, meretricis*, PL 73, coll. 663-672. Para una discusión acabada de los textos cf. *Pélagie la Pénitente: metamorphoses d'une légende, t. I. Les textes et leur histoire*, París 1981. El texto se encuentra también en *Acta SS*, Oct. IV, 261-266.

¹ Cf. *infra*.

tuyéndose -es decir, ofreciendo relaciones sexuales indiscriminadamente, generalmente por dinero- y que después se convirtieron de esa vida a Cristo y a la vida del Reino. Sus conversiones son presentadas como particularmente llamativas, y se piensa, por lo tanto, que llevan la esperanza de la salvación a todos los pecadores, sea cual sea la forma asumida por su alejamiento de Dios; si estas mujeres han podido ser salvadas -se afirma en estas historias- todos también pueden serlo.

No hay por qué entonces sorprenderse, si estas historias interesaban particularmente a los monjes, cuya vida entera se ocupaba de manera eminente del pecado y la conversión. Estas historias eran repetidas y transmitidas en los ambientes monásticos de Egipto y Palestina, desde el siglo IV en adelante, entrando a formar parte de la literatura de los *Apophthegmata* y de las *Vitae Patrum*. Son historias de pecados dramáticos, como también de fervientes conversiones, ambientadas en el mundo monástico del desierto egipcio y palestino. Tres de ellas han sido particularmente elaboradas y presentadas como célebre colección de textos, junto con la *Vida de Sta. María Egipcíaca* y, a veces, con las narraciones de la vida de María de Magdala². Se trata de historias de meretrices: Pelagia la actriz de Antioquía, Taide la prostituta, María la nieta de Abraham. Tales historias fueron usadas como contrapeso a aquellas que narraban las vidas de santas mujeres del mundo monástico, como Marcela³, Eugenia⁴, Macrina⁵ y Melania⁶. Cada una de las prostitutas estaba implicada en hechos de comercio carnal, y cada una fue liberada y colocada en grado de conocer la altura del amor ascético y de la oración. Tales narraciones aportaban estímulo y fervor a todos los cristianos, pero sobre todo a los monjes.

Cada uno de estos textos tiene una historia compleja y, como en el caso de María Magdalena o de María Egipcíaca, también en la historia de Pelagia aparecen figuras literarias que no son del todo idénticas a los personajes históricos que dieron origen a la leyenda. No se trata de meras biogra-

² Cf. PL 73, cols. 651-690.

³ Jerónimo, *Epistola CXXVII*, PL 22, cols. 1087-1095.

⁴ *Vita Sanctae Eugeniae, virginis ac martyris*, PL 73, cols. 602-624.

⁵ Gregorio de Nisa, *Vita Macrinae iunioris*, PG 46, cols. 959-1000.

⁶ Paladio, *Vita Melaniae senioris*, PL 74, cols. 318-320, traducido al español por LEÓN E. SANSEGUNDO VALLS, *El mundo de los Padres del Desierto*, Ed. Studium, Madrid 1970.

fías, sino de historias narradas para presentar fundamentales verdades de fe en forma viva y accesible. Conocieron tal difusión, que han continuado a focalizar la atención de la gente en cada época tanto dentro como fuera de los monasterios, desde los monjes del Egipto del siglo IV hasta Anatole France y Helen Waddell; han sido vueltas a narrar en nuevas formas; han inspirado música, poesía y arte, y hasta viñetas, en los países nórdicos. Cuando el dominico Humberto de Romans, Maestro de la Orden, preparó un libro de sermones modelo para uso de los frailes, incluyó uno basado en la vida de María Egipcíaca y Pelagia; por lo tanto podía al menos presumir que tanto los frailes como el auditorio tenían conocimiento de las tres historias:

Hay tres cosas que hacen grande un arrepentimiento: un gran dolor por el pasado, una gran vigilancia para el futuro y un gran esfuerzo de arrepentimiento en el presente. El primero se manifiesta claramente por la abundancia de lágrimas derramadas por la Magdalena, por María Egipcíaca y por Pelagia cuando consideraron aquello que habían hecho. La segunda brota de sus acciones: después de la conversión la Magdalena permaneció siempre ligada al Señor o a sus discípulos, luego se retiró en la gruta donde permaneció durante treinta años; María Egipcíaca, convertida y habiendo huido al desierto, permaneció ignorada del mundo por cuarenta años; Pelagia, después de su conversión, huyó en secreto para ser una reclusa disfrazada de monje. El tercer aspecto fluye de todo lo que sufrieron por los ayunos, los rigores y las vigili­as, como podemos leer en las historias de sus vidas que hemos recordado⁷.

⁷ HUBERTO DE ROMANS, *De eruditione praedicatorum. De modo prompte cudendi sermones* IV, 20 (iné­dito).

También se preocupa por mencionar a la prostituta Taide y declara que todas, a su muerte entraron en el paraíso, lo cual, dice, es un fruto de la acogida de la misericordia y del perdón; y confirma su afirmación citando dos versículos bíblicos conectados a estas historias:

Muchos han sido trastornados por el hecho de que las prostitutas, manchadas por el barro de sus pecados, nos preceden en el reino: «En verdad les digo, las prostitutas les precederán en el reino de Dios» (Mt 21,31); «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20)⁸.

La primera de estas historias, aquella de la prostituta Pelagia narrada por el diácono Santiago de Edesa, es memorable entre la colección de leyendas. Helen Waddell afirma que ha sido reescrita menos que las otras historias (simplemente porque ha sido narrada con sublime pericia): «*Ya desde el primer párrafo uno se siente en las manos de un gran narrador*»⁹. Pelagia era una actriz famosa, en Antioquía, y pertenecía por lo tanto, a los ojos de la Iglesia, a una clase de personas inmorales: bufones, mimos, juglares, actores y prostitutas. Un día pasaba por la calle, vestida maravillosamente, en hábitos ceñidos, arrastrando tras de sí jóvenes y vivaces compañeros y servidores, entre música y cantos. Pasaron cerca de un grupo de obispos que tenían una discusión a la intemperie. Los obispos, cuenta la leyenda, se taparon el rostro para no verla, pero el obispo Nono, un monje del desierto¹⁰, «*volvió la mirada hacia ella, intensa y prolongadamente, tanto que luego que ella pasó él la miraba y seguía observando*». Entonces, girando la cabeza, miró a los obispos y les dijo: «*¿No les alegra una belleza tan grande?... Yo me he alegrado muchísimo*». Este reconocimiento de la belleza de Pelagia como criatura hecha por Dios golpeó a Nono hasta la profundidad de su corazón; verdadero hombre de oración, supo sostener la mirada en ella, mientras los otros, hombres más vulnerables, y concientes de su naturaleza lujuriosa, escondieron el rostro.

⁸ *Ibid.*

⁹ H. WADDELL, *The Desert Fathers*, London 1936, p. 262.

¹⁰ Nono, nombrado en el martirologio romano el 2 de diciembre.

Entonces Nono hizo a sus compañeros una comparación entre la cortesana, que dedica todo su tiempo al aspecto exterior para complacer a los hombres, y el cristiano tibio, que usa sólo los momentos libres de su jornada para hacer resplandecer la propia alma ante Cristo, el gran amante de las almas. Más tarde, nuevamente, cuando estuvo solo, nuevamente se maravilló con sinceridad por la belleza que había visto. Oró por Pelagia con tanta fuerza que Santiago, su diácono y cronista, temeroso se escondió.

Al día siguiente, Pelagia oyó a Nono predicar y fue movida a contrición. Le escribió y luego fue a verlo y le pidió suplicando de recibir el bautismo de sus manos. Una vez bautizada, pidió en secreto a Nono los hábitos masculinos y cuando se hizo de noche huyó; sólo ellos dos conocían sus planes. Años más tarde, en ocasión de una visita del diácono Santiago a Palestina, Nono le recomendó de visitar a un ermitaño de nombre Pelagio. Cuando Santiago llegó a la celda del solitario, encontró que quien la habitaba hacía apenas un momento que había muerto, venerado en todo el territorio por su austeridad y oración: el ermitaño era Pelagia.

Al igual que la narración escrita de María Egipcíaca, también lo acontecido con Pelagia tiene muchos equivalentes y muchas fuentes¹¹; pero la historia, tal como se encuentra en la narración del diácono Santiago aportó, por siglos, alimento a la meditación. Dos temas eran de particular interés para la tradición monástica: en primer lugar encontramos aquí el uso de la imagen de la cortesana como reproche para la vida del monje; secundariamente está la historia de un ermitaño que vive en secreto, del cual sólo después de la muerte se descubre que era una mujer.

La idea de usar la imagen de la cortesana como reproche o ejemplo para los monjes no había nacido con Nono; se encuentra en una cantidad de otros escritos. Por ejemplo, en dos pasajes de los *Apotegmas* de los padres del desierto. Juan Colobos, como ha sido dicho, compara el alma a una cortesana¹². Un segundo pasaje que se le atribuye, sobre el mismo tema, es más impactante y enigmático que el primero:

¹¹ Cf. *Pélagie la Pénitente...*

¹² Juan Colobos 331, *Los Dichos de los Padres del Desierto*, traducción P. MARTÍN DE ELIZALDE, Ed. Paulinas, Buenos Aires 1986, p. 103.

Uno de los ancianos le dijo: «Juan, te pareces a una meretriz que se hace bella para acrecentar el número de sus amantes». El abba Juan lo abrazó diciendo: «Dices la verdad, oh abba»¹³.

Un dicho atribuido a *abba Pambo* está en íntima relación con el uso que Nono hace de la visión de Pelagia:

Atanasio, de santa memoria, arzobispo de Alejandría, le rogó a abba Pambo que bajara del desierto a Alejandría. Cuando hubo bajado, al encontrar allí a una actriz, estalló en llanto. Aquellos que estaban con él le preguntaron: «¿Por qué te has puesto a llorar?». «Dos cosas, dijo, me han conmovido; una, su ruina; la otra, que yo no tengo tanto ardor en agradar a Dios cuanto ella tiene por agradar a los hombres»¹⁴.

En otra historia, esta vez de fuente armenia, la prostituta misma reprocha a un *abba* y le indica lo correcto:

Cuando Efrén fue por primera vez a Edesa, oró al Señor que le permitiese encontrar, apenas hubiese entrado en la ciudad, alguien con quien poder discutir problemas de la Sagrada Escritura. La primera persona que encontró, y que se dirigió decididamente hacia él, fue una mujer, una prostituta. Efrén se entristeció pensando que Dios no había escuchado su oración: ¿qué podía saber esta mujer de la Biblia? Pero la mujer se acercó, fijando su mirada en él. Sorprendido, pero sin impacientarse ni airarse, le dijo: «¿Por qué me miras con tanta insistencia?». La mujer le respondió, aludiendo a la narra-

¹³ Juan Colobos 355 F, *ibid.*, p. 110.

¹⁴ Pambo 765, *ibid.*, p. 213.

ción de la creación del hombre y la mujer en el libro del Génesis: «Es normal que te mire, pues he sido formada de ti; en cuanto a ti, no puedes aducir ningún motivo para mirarme: tu debes mirar a la tierra de la cual has sido formado»¹⁵.

En esta historia, como en otras, la prostituta es vista como alguien vivaz e inteligente, experta en las Escrituras. Pelagia piensa que es natural mandar una carta al obispo. Pero la razón principal para continuar narrando esta historia en el desierto es la de hacer presente a cada uno la propia condición de pecador, infiel a Dios, que no cuida de su alma tanto cuanto una prostituta cuida de su vestido. Detrás está el fundamento bíblico de los profetas que describían a Israel como una meretriz, infiel a Dios por amor a otros dioses, desobediente a los mandamientos del único que verdaderamente la ama. El contraste entre prostituta y monje ha sido aquí invertido respecto de aquello que uno podría esperar de estos dos personajes.

El segundo tema en esta historia de Pelagia -también él muy notorio en el desierto- es aquel de la mujer que se disfraza de hombre para poder vivir la vida eremítica, en secreto, hasta la muerte. En la historia de María Egipcíaca y en el texto a ella ligado de la virgen jerosolimitana, al principio los visitantes que ven a las prostitutas arrepentidas en el desierto piensan que son hombres, y quedan todavía más atónitos cuando descubren que este extremo ascético ha sido emprendido por una mujer. En los *Dichos de los Padres del desierto* una historia análoga es narrada a propósito de *abba* Besarión; la refiere su discípulo Dula:

«Proseguimos nuestra marcha y llegamos a una cueva. Al entrar en ella nos encontramos con un hermano sentado, haciendo una cuerda, y no nos miraba ni saludaba, ni quiso en manera alguna cambiar palabra con nosotros. Me dijo el anciano: “Vayámonos de aquí; tal vez no le fue revelado al anciano que hablase con nosotros”. Marchamos has-

¹⁵ *Vita Sancti Ephraem Syri, diaconi Edessae*, PL 73, cols. 321-322.

ta Lyco, y llegamos a lo de abba Juan. Lo saludamos e hicimos oración. Después, sentándose, conversaron sobre las visiones que habían tenido. Dijo abba Besarión: “Ha salido un edicto para que destruyan los templos, así sucedió, y han sido destruidos”. Cuando íbamos de vuelta, llegamos a la cueva donde habíamos visto al hermano. Me dijo el anciano: “Entremos donde él está, por si Dios le ha inspirado que nos hable”. Entramos, y lo encontramos muerto. Me dijo entonces el anciano: “Ven, hermano, dispongamos su cuerpo. Para ésto nos ha mandado hasta aquí el Señor”. Mientras lo preparábamos para la sepultura, vimos que era una mujer. Y se asombró el anciano, y dijo: “Mira cómo hasta las mujeres triunfan sobre Satanás, mientras que nosotros vivimos indignamente en las ciudades”. Glorificando a Dios, protector de los que lo aman y nos retiramos de allí»¹⁶.

El uso de ropa varonil hace referencia, para mujeres que vivían en el desierto, a la necesidad muy práctica de protegerse. Pero hay algo más en todo esto. Para tener un lugar en el monacato primitivo era necesario trascender la diferencia de sexo ya sea viviendo en una comunidad del mismo sexo, o emprendiendo una vida solitaria, para lo cual era más prudente para una mujer vestirse de varón, especialmente en el desierto donde había salteadores hostiles. Ambas formas abrían, a mujeres y varones, el camino de regreso a la condición paradisiaca de Adán antes de la caída, o más aún, al paraíso del nuevo Adán donde *ya no hay ni varón ni mujer* (Ga 3,28). De todas maneras, una excepción a este tipo de renuncia revela que el cambio de hábito no era ni general ni fundamental: *amma* Sara vivió sola cerca del Nilo durante sesenta años sin vestir ropa masculina, ni formar parte de un monasterio femenino. De ella se narra que durante los primeros trece años

¹⁶ Besarión 159, *Los Dichos de los Padres del Desierto*, traducción P. MARTÍN DE ELIZALDE, Eds. Paulinas, Argentina, 1986, p. 54.

debió combatir con el demonio de la lujuria tratándolo -y es significativo- exactamente como todos los otros ermitaños: «Jamás oró para que cesara el combate, es más decía: “*Oh Dios, dame fuerza*”»¹⁷. Dos de sus dichos muestran cuán profundamente sintiese la igualdad con los hombres en la vida monástica, una igualdad más profunda que los detalles del vestido; decía: «*En cuanto a la naturaleza soy una mujer, pero no en cuanto al pensamiento*»¹⁸, y a algunos monjes que la visitaban les decía: «*Yo soy un hombre y ustedes son mujeres*»¹⁹.

La idea de «llegar a ser como un hombre» al abrazar la vida monástica está relacionada con la libertad ofrecida por el cristianismo a las mujeres. La vida en el desierto, *anachoresis*, era una demostración práctica de la libertad respecto de las limitaciones y responsabilidades en la sociedad. Parece que muchas veces eran las mujeres adineradas quienes sabían sacar provecho del desierto, usado como arena de libertad. Las mujeres que habían sido prostitutas eran ricas: Pelagia tenía un gran número de servidores que proveían a sus necesidades, y su nombre en la ciudad era «Margarita», «perla», en relación a su belleza, pero también por sus muchas alhajas. Con sus brillantes carreras habían obtenido la libertad del control paterno y del marido, como también de la vida doméstica, algo inevitable para una mujer de buena reputación. Así como las grandes viudas romanas -Paula, Melania, Macrina- eran libres y ricas; y el paso ulterior de esta libertad era el ingreso en el mundo monástico del desierto, donde el sexo era, por definición, de ninguna significación. Prudentes y sabias, conscientes de la fuerza de la sexualidad como también del poder del corazón para el hombre y para ellas mismas, estas mujeres se preocuparon por no presentarse de hecho como mujeres bajo ningún aspecto. Esto no tiene nada que ver con el rechazo de la femineidad, al contrario, era una afirmación: delante de Dios todas las almas son femeninas y es esta femineidad la que la mujer afirma, así como también los hombres del desierto²⁰.

Examinando la historia de Nono y Pelagia encontramos otro aspec-

¹⁷ Sara 884, *ibid.*, p. 246.

¹⁸ Sara 887, *ibid.*, p. 247.

¹⁹ Sara 891 A, *ibid.*, p. 247.

²⁰ Cf. B. WARD, *Apohtegmata Matrum*, en *Studia Patristica*, vol. XVI, Berlin 1985, pp. 63-66.

to que merece ser comentado: su relación de amor. Es interesante hacer notar que, antes de que la historia comience, ninguno había sentido jamás hablar del otro: fue verdaderamente cuestión de «amor a primera vista». Nono estaba en una asamblea de obispos cuando vio por primera vez a Pelagia, y su reacción inmediata fue de atónito deslumbramiento por su belleza. Pelagia no lo notó en ese momento, pero más tarde, cuando entró en una iglesia por casualidad, apenas lo oyó predicar, fue movida por el asombro y la confianza; en seguida pidió un contacto personal, e insistió para que él le diese el bautismo. La inmediata atracción recíproca se manifiesta en estos dos momentos del encuentro: cuando Juan la ve pasar, y cuando Pelagia lo escucha hablar en la iglesia. Este delicado tema del amor entre ambos recorre la narración, filtrado a través de los ojos del diácono Santiago. Era un amor de tal fuerza que al principio Nono no tenía el coraje de escuchar la confesión de Pelagia ni de bautizarla; y más tarde Pelagia, conociendo la tiranía del deseo, se puso de acuerdo con él para partir en seguida, secretamente, por las soledades del desierto. No se volvieron a encontrar jamás, pero ninguno de los dos se olvidó del otro, y Nono sabía donde vivía ella. Era un amor purificado y fortalecido por la separación; finalmente antes del ingreso de ambos en el Reino lograron intercambiarse un saludo.

Habría otras historias de gran amor en el desierto, pero son raras. Una de ellas es narrada en una colección de historias anónimas y trata de *abba* Simeón y de su vida: había sido comerciante en Siria y cuando murió su socio, quiso casarse con la viuda, porque la amaba mucho:

Ella, fiada por su juventud y su belleza... le dijo: «Por Dios, creo que tú no amas a ninguna otra fuera de mi». El le contestó: «Es así». Y ella le dijo: «En verdad, y ésto Dios lo sabe, yo también te amo, pero como la voz del Señor ha dicho: “Si alguno viene a mí y no odia a su padre, a su madre, su mujer, sus hijos y hermanos y también su propia vida no puede ser mi discípulo” (Lc 14,26), vayámonos lejos el uno del otro por amor de Dios»²¹.

²¹ Cf. B. WARD, *The Wisdom of the Desert Fathers. The “Aphrothegmata Patrum”* (The anonymous series). Oxford 1975, p. 16.

En la misma colección de *Dichos* hay otras historias de monjes frenados, en el deseo de tener relaciones sexuales, por la misma mujer a la cual se habían acercado²², y también aquí la mujer es presentada no como tentadora, sino como la persona sabia y previsoras, que en una situación tensa actúa según los designios de Dios. Pero estas no son sólo historias de afectos y amores. En la historia de María Egipciaca y Zossima, de Taide y Pafnucio y, en modo diferente, de María y Abraham, una relación de amor verdadero y cálido forma parte del camino de la redención. Lo que es inusual en la historia de Pelagia y Nono es la igualdad en el amor entre los dos y la estima recíproca que se tenían y que encuentra su coronamiento, y no negación, en su elección de la castidad y de la soledad.

VIDA DE SANTA PELAGIA PROSTITUTA²³

*Escrita por el diácono Santiago,
traducida al latín por Eustoquio.*

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Las palabras de un tan gran ministro de Dios, escondidas a los latinos, yo, Eustoquio, con la ayuda de Cristo, he traducido.

Pero ustedes, lectores, consideren mi fatiga y acuérdense de nosotros cuando se dirijan a Dios.

Prefacio del Autor

Siempre debemos dar gracias a Dios, que no quiere que los pecado-

²² *Ibid.*, pp.. 14-15.

²³ La presente versión se hizo a partir del texto latino que se encuentra en: PL 73, cols. 663-672 (*Vita Sanctae Pelagiae*). Traducción castellana del Hno. Lorenzo Lutton, osco, y del P. José Otero, osco (Monasterio Trapense de Azul. Buenos Aires. Argentina).

res se pierdan por la muerte, sino que desea ardientemente que todos por medio de la penitencia se conviertan y vivan (*Ez* 33,11; *1 Tm* 2,4). Escuchen entonces el milagro que ha sucedido en nuestros días. Me ha parecido bien a mi, Santiago el pecador, escribirlo para ustedes, hermanos santos, a fin de que escuchando y leyendo lleguen al conocimiento y obtengan el máximo de ayuda y de consolación para sus almas. El Dios misericordioso, en efecto, que no quiere que ninguno se pierda, ha establecido que de este modo, mediante la reparación, los pecados sean perdonados, porque en el futuro será en el justo juicio donde cada uno recibirá según sus acciones. Por lo tanto, ahora ofrézcanme su silencio y fijen unánimes conmigo la atención de su corazón, porque nuestra narración está llena y rebosante de fecundísima compunción.

Vida

1. Su santidad, el obispo de la ciudad de Antioquía convocó junto a sí, por una cierta causa, a todos los obispos que había en los alrededores, por lo cual se reunieron ocho obispos, entre los cuales estaba Nono, el santísimo hombre de Dios, mi obispo, hombre extraordinario y monje de gran madurez, proveniente del monasterio de «los tabennesiotas». De hecho, por motivo de su vida incomparable y de su conducta de gran esplendor fue quitado al monasterio y ordenado obispo.

Por lo tanto, después de que el obispo del lugar nos hubiese reunido en la antedicha ciudad, nos pidió ir a la basílica del bienaventurado mártir Juliano. Fuimos y esperamos en el lugar donde también todos los otros obispos convocados se habían sentado delante de la puerta de aquella basílica.

2. Mientras estábamos allí sentados, algunos obispos comenzaron a pedir a mi señor Nono que los instruyese en alguna cosa; y, al instante, el santo obispo comenzó a decir palabras para la edificación y salvación de todos aquellos que escuchaban.

Pero sucedió que, mientras todos nosotros admirábamos su santa doctrina, de improvisto pasó por en medio nuestro - sentada en un asno - la

primera de las actrices de Antioquía, que era también la primera de las bailarinas mímicas; y venía con mucha presencia, adornada de tal manera que nada se veía sobre ella que no fuese oro y perlas y piedras preciosas, aún la desnudez de sus pies estaba cubierta con oro y perlas. Junto a ella iba un enorme cortejo de servidoras y sirvientes envueltos en vestidos preciosos, y ella tenía una cadena de oro en el cuello. Algunos la precedían, otros en cambio la seguían; del esplendor de su belleza, en efecto, no se habrían saciado todos los hombres de este mundo.

Ella, de hecho, pasando en medio nuestro, llenó todo el aire con el perfume de almizcle y con la fragancia de todos los otros suavísimos aromas. Y cuando los obispos la vieron pasar de una manera tan descarada y con tanto desparpajo, con todos aquellos adornos, en la desnudez de la cabeza y de cada uno de sus miembros, tanto que no se había puesto velo ni sobre la cabeza ni sobre la espalda, la deploraron en silencio y desviaron sus miradas como ante un gravísimo pecado.

3. El bienaventurado Nono, en cambio, volvió su mirada hacia ella de manera intensísima y prolongada, tanto que después que había pasado todavía la seguía atentamente y la miraba. Luego desvió su mirada, diciendo a los obispos sentados a su alrededor: «¿No les alegra una tan gran belleza?». Pero como no le contestaban nada, puso el rostro sobre sus rodillas y sobre el libro santo que sostenía con sus santas manos y cubrió todo su seno de lágrimas, y suspirando profundamente dijo nuevamente a los obispos: «¿No les alegra una tan gran belleza?». Pero como ellos no le respondían nada dijo: «En verdad, yo me he alegrado muchísimo y me ha gustado su belleza, porque Dios la pondrá en primer lugar y la establecerá delante de su tremendo y admirable trono para juzgar tanto a nosotros como a nuestro episcopado».

Y de nuevo dijo a los obispos: «¿Qué piensan, oh queridos: cuántas horas ha pasado esta mujer en su cuarto para lavarse y prepararse, para ornarse con toda premura de ánimo y con toda atención para que no falte nada a la belleza y al ornato de su cuerpo, al punto de agradar a todos para no aparecer fea a sus amantes que hoy están y mañana no? Nosotros en cambio, que tenemos en el cielo un Padre omnipotente, un Esposo inmortal,

el cual a cuantos conservan bien sus promesas les da riquezas celestes y premios eternos, que no pueden ser valorados, que ojo no vio, ni oído oyó, ni jamás se le ocurrió a ningún hombre y que Dios preparó para aquellos que lo aman -y, de hecho, ¿qué más agregar?-, nosotros que tenemos la promesa de ver aquel rostro grandioso y esplendoroso, el rostro inestimable del Esposo, sobre quien los querubines no osan posar su mirada, no ornamos ni arrancamos la deformidad de nuestras miserables almas sino que dejamos con negligencia que ellas permanezcan descuidadas».

4. Dichas estas cosas, me tomó consigo, diácono pecador, y llegamos hasta el albergue, donde nos dieron una habitación. Entrando en su habitación, se tiró sobre el piso con el rostro en tierra y golpeándose el pecho lloraba con lágrimas, diciendo: «Señor Jesucristo, perdona a este pecador e indigno, porque el ornato de un solo día de una prostituta supera el ornato de mi alma. ¿Con qué cara volveré hacia ti mi mirada? ¿O con cuáles palabras me justificaré en tu presencia? No esconderé, en efecto, mi corazón delante tuyo, porque tú escrutas desde lo alto mis secretos. Y pobre de mí, pecador indigno, porque me presento en tu altar y no ofrezco el alma bella que tú me pides. Ella, en cambio, ha prometido agradar a los hombres y lo ha hecho, y yo he prometido agradarte a ti y no he mantenido la palabra por mi pereza. Estoy desnudo, así en el cielo como en la tierra, porque no he cumplido los preceptos de tus mandamientos. Por lo tanto, ninguna esperanza me viene de las buenas obras, pero mi esperanza está en tu misericordia, por la cual confío en ser salvado». Por todas estas cosas que decía y por los lamentos que, a causa de ellas, elevaba, allí celebramos ardientemente el día de fiesta.

5. Luego, al día siguiente, que era domingo, terminadas las oraciones nocturnas, el santo obispo Nono me dijo: «Te comparto lo siguiente, hermano diácono: he tenido un sueño y he quedado fuertemente turbado, porque no logro discernirlo». Y agregó en seguida qué era lo que había visto en sueños: «En un ángulo del altar había una paloma negra, recubierta de inmundicia, que volaba alrededor mío y yo no lograba soportar su hedor y su sucia escualidez. Pero ella permaneció a mi alrededor hasta el final de la oración de los catecúmenos. Luego, cuando el diácono dijo a los catecúmenos: “Salgan”, ella en seguida desapareció. Y después de la liturgia de los fieles

y de la conclusión de la ofrenda, cuando ya la asamblea había sido disuelta, mientras estaba saliendo del umbral de la casa de Dios vino de nuevo esta misma paloma recubierta de inmundicia y nuevamente volaba a mi alrededor. Entonces yo, extendiendo la mano, la tome y la puse en una fuente del atrio de la iglesia e hice desaparecer en el agua toda la inmundicia con la que estaba cubierta y ella salió del agua: era blanca como la nieve y mientras volaba fue llevada a lo alto y sustraída totalmente a mi mirada».

Luego de que el santo obispo Nono me contara su sueño, me llevó consigo, llegamos a la iglesia catedral con todos los otros obispos y saludamos al obispo de la ciudad.

6. Entrando exhortó a todo el pueblo de la iglesia; ellos entraron y se sentaron sobre sus tronos y después de toda la celebración canónica y la lectura del santo evangelio el mismo obispo de la ciudad entregando el santo evangelio al beatísimo Nono lo exhortó a dirigir la palabra al pueblo.

Él, abriendo su boca, hablaba con la sabiduría de Dios que habitaba en él, porque no decía nada de elegante ni de filosófico o de retórico, nada que tuviese en sí algo superfluo de la naturaleza humana, sino que lleno del Espíritu Santo reprendía y amonestaba al pueblo hablándole con extrema franqueza del juicio futuro y de los bienes que nos han sido preparados.

De este modo todo el pueblo se sintió de tal manera traspasado por las palabras con las cuales el Espíritu Santo por medio de él había hablado, que el piso de la santa iglesia quedó inundado por las lágrimas del pueblo.

7. Luego, por disposición de la misericordia divina, sucedió que a esta misma iglesia llegase también aquella prostituta de la cual hemos hablado y -cosa realmente extraordinaria-, presentándose como catecúmena, ella que jamás había sido tocada por la inquietud de sus pecados ni jamás había venido a la casa de Dios, mientras el santo Nono reprendía al pueblo, fue de tal manera traspasada por el temor del Señor, que desesperó de sí misma: esta mujer, llorando, derramaba ríos de lágrimas, y de ninguna manera podía detener su llanto. Y enseguida dió una orden a dos de sus siervos, diciendo: «Permanezcan en este lugar y cuando el santo obispo

Nono salga, síganlo, pregúntenle dónde vive y vengan a contármelo». Los servidores, entonces, hicieron como ella les había mandado y siguiéndonos llegaron a la basílica del bienaventurado mártir Juliano, donde teníamos el hospedaje y la habitación. Volviéndose atrás fueron a lo de su patrona diciendo: «Está en la basílica del santo mártir Juliano». Oído esto, enseguida mandó por medio de estos dos una tabla con este mensaje: «Al santo discípulo de Cristo, una pecadora y discípula del diablo. He oído sobre tu Dios, que ha inclinado el cielo y ha descendido sobre la tierra no para los justos, sino para salvar a los pecadores (*Mt 9,13*), que se ha humillado tanto al punto de acercarse a los publicanos y que él, sobre quien los querubines no osan posar su mirada, ha vivido junto a los pecadores. Y tú, señor mío, que tienes mucha santidad, aunque no has visto con los ojos carnales al mismo Señor Jesucristo que se manifestó en el pozo a la mujer samaritana (*Jn 4*), a pesar de ello eres un verdadero adorador, como lo he oído de los cristianos que me lo han contado. Si entonces eres un verdadero discípulo de aquel Cristo no me desprecies, que por medio tuyo deseo ver al Salvador, a fin de que por tu mediación merezca ver su santo rostro».

Entonces, por su parte, el santo obispo le escribió diciendo: «Quienquiera que seas, eres conocida por Dios, tanto tú, como tu escrito, como tu voluntad. Y además te pido que no tienes mi humana debilidad; en efecto, yo soy un hombre pecador, siervo de Dios. Si tienes firme el deseo de Dios, de conseguir la virtud y la fe, y deseas verme a mí, hay conmigo otros obispos; ven y me verás delante de ellos, porque a solas no puedes verme».

Cuando a su vez la prostituta leyó estas cosas, llena de alegría se dirigió corriendo a la basílica del bienaventurado Juliano e hizo anunciar su presencia. Habiéndose enterado, el santo obispo Nono llamó consigo a todos los obispos que estaban allí presentes y entonces dio orden de que ella viniese a su presencia. Ella, entrando donde estaban reunidos los obispos, se tiró sobre el piso y abrazó los pies del bienaventurado obispo Nono, diciendo: «Te ruego, mi señor, imita a tu maestro, el Señor Jesucristo, derrama sobre mí tu bondad y haz de mí una cristiana. Yo realmente soy un mar de pecados y un abismo de iniquidad. Pido el ser bautizada».

8. Después de que a duras penas la convenció de levantarse de sus pies, cuando estuvo de pie le dijo: «En los cánones sagrados está prescrito de no bautizar a una prostituta si no presenta a alguien que dé garantía de que no volverá a caer en los mismos males». Ella, sintiendo tal sentencia del obispo, se tiró nuevamente al piso y abrazó de nuevo los pies del santo Nono y los lavó con sus lágrimas y los secaba con sus cabellos, diciendo: «Tendrás que dar cuenta a Dios de mi alma y echaré sobre ti la iniquidad de mis acciones si rechazas el bautizarme, inicua y sobremanera infame. No tendrás parte junto a Dios con los santos si ahora no me haces extraña a mis malas acciones. Renegarás de Dios y adorarás a los ídolos si hoy no me haces renacer como una esposa de Cristo y si no me ofreces a Dios».

Entonces todos los obispos y clérigos que se habían reunido, viendo como semejante pecadora decía esas cosas por deseo de Dios, admirados decían que jamás habían visto una fe tan grande y tal deseo de la salvación como el de esta prostituta. En seguida me enviaron a mi, diácono pecador, a lo del obispo de la ciudad para comunicarle todas estas cosas y para que su beatitud diese la orden de enviar conmigo a una diaconisa. Él, oyendo esto, se alegró en gran manera, diciendo: «Bien, venerable *abba*, justamente a ti te esperan estas obras; sé que serás mi boca». De inmediato envió conmigo a la señora Romana, la principal de las diaconisas. Ésta, llegando, la encontró (a Pelagia) todavía a los pies del santo obispo Nono, que a duras penas logró persuadirla de levantarse de sus pies, diciéndole: «Álzate, hija, para ser bendecida». Y agregó: «¿Confiesas todos tus pecados?». Ella respondió: «Si examino a fondo el conocimiento de mi corazón no encuentro en mí una sola obra buena. Sé, en efecto, que mis pecados son más numerosos que la arena del mar; la misma agua es extremadamente poca frente a la masa de mis pecados. Pero confío en tu Dios que deshará el peso de mis iniquidades y me dirigirá su mirada». Entonces le dijo el santo obispo Nono: «Dime, ¿cuál es tu nombre?». Ella respondió: «Por mis parientes he sido llamada con el nombre natural de Pelagia; los ciudadanos de Antioquía, en cambio, me llaman Margarita (una perla), por el peso de los ornamentos con los cuales mis pecados me adornaban. Yo, de hecho, era el ornamento y la alhaja del diablo». Nuevamente le dijo el santo obispo Nono: «¿Tu nombre natural es Pelagia?». Ella respondió: «Sí, señor». Oído esto, el santo obispo Nono la exorcizó y la bautizó; impuso sobre ella el signo del Señor y le dio

el Cuerpo de Cristo. Entonces tuvo como madre espiritual a la santa señora Romana, la principal de las diaconisas; la cual, acogiéndola, salió del lugar de los catecúmenos, de modo que nosotros permanecemos allí. Después el santo obispo Nono me dijo: «Te digo, hermano diácono: alegrémonos hoy con los ángeles de Dios y, saliendo de lo habitual, pongamos aceite en nuestras comidas y tomemos vino con alegría espiritual, a causa de la salvación de esta joven».

9. Mientras nosotros comíamos, se sintieron de improviso unas voces, como de un hombre que padece violencia: en efecto, el diablo gritó diciendo: «¡Ay, ay! ¡Cuánto es lo que padezco de parte de este viejo decrepito! ¿No te bastaban los treinta mil sarracenos que me has arrancado, y que has bautizado y ofrecido a tu Dios? ¿No te bastaba Eliópolis, que era mía, y donde todos los que la habitaban me adoraban, que me la arrancaste y la ofreciste a tu Dios? ¡Y ahora me has arrancado mi más grande esperanza! ¡Ya no soporto más tus maquinaciones! ¡Oh, qué es lo que no sufro de parte de este hombre! Maldito sea el día en que has nacido: ríos de lágrimas brotan de mi porque me han arrancado mi esperanza».

Todas estas cosas gritaba el diablo y se lamentaba delante de las puertas y lo sentían todos los hombres. Interviniendo de nuevo, le dijo a la joven neófita: «¿Esto me haces, oh mi señora Pelagia, imitas a mi Judas? Él, en efecto, coronado de gloria y de honor y constituido apóstol, traicionó a su Señor; de la misma manera tú lo has hecho conmigo». Entonces, el santo obispo Nono, le dijo: «Sígname con la cruz de Cristo y renuncia a él». Ella se signó en el nombre de Cristo y sopló sobre el demonio, que en seguida desapareció.

10. Entonces, dos días después, mientras dormía con su santa madrina Romana en su misma habitación, apareció el diablo de noche y despertó a la sierva de Dios Pelagia y le dijo: «Te ruego, mi señora Margarita, ¿acaso no has sido enriquecida de oro y de plata? ¿No te he adornado con oro y piedras preciosas? Te lo ruego, ¿en qué te he contrariado? Respóndeme para que te dé satisfacción, así no recibiré el oprobio de los cristianos». Entonces la sierva de Dios Pelagia se signó y sopló sobre el demonio diciendo: «¡Dios mío! Aquél que me ha arrancado de entre tus dientes y me

ha introducido en su tálamo celeste, él te rechazará por mí». Y en seguida el diablo desapareció.

11. Luego, al tercer día, después de que había sido bautizada, Pelagia llamó a aquél de sus siervos que presidía todas sus cosas y le dijo: «Ve a mi guardarropa y has el inventario de todas las cosas que hay allí, sea del oro, de la plata, de los ornamentos y vestidos preciosos, y tráemelo todo aquí». El siervo hizo como le había ordenado su patrona y le llevó todos sus bienes. Ella, por medio de su santa madrina Romana, llamó al santo obispo Nono y depositó todos sus bienes en sus manos, diciendo: «Estas son, señor, las riquezas con las cuales Satanás me ha enriquecido, las consigno a la libre decisión de tu santidad y haz de ellas aquello que te parezca de más provecho, porque para mí son preferibles las riquezas de mi Señor Jesucristo». Él, en seguida, llamó al anciano custodio de la iglesia, y - con ella presente - le consignó en sus manos todos sus bienes, diciendo: «Te conjuro por la indivisible Trinidad, que nada de esto entre en el episcopado o en la iglesia, sino que sea dado a las viudas, a los huérfanos y a los pobres, a fin de que lo que mal se ha acumulado, bien sea distribuido y las riquezas de la pecadora se transformen en tesoros de justicia. Si luego, despreciando el juramento, por tu mano o de quien sea, sustrajeras alguna cosa de ésto, la maldición entre en tu casa y tengas la suerte de aquellos que dijeron: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”».

Más tarde, ella convocó a todos sus siervos y servidoras y los libtó a todos; dio a ellos de su propia mano las cadenas de oro, diciendo: «Apresúrense a liberarse de este mundo malvado, lleno de pecados; así como hemos permanecido juntos en este mundo, del mismo modo permanezcamos unidos, sin dolor, en la vida beatísima».

12. Luego, al octavo día, cuando debía hacer la deposición de los vestidos blancos, alzándose de noche, sin que nosotros lo supiésemos, dejó las vestiduras de su bautismo y se revistió de una túnica de tejido rústico y con la túnica del santo obispo Nono, y desde aquel día no apareció más en la ciudad de Antioquía. La santa Romana la lloraba amargamente y el santo Nono la consolaba, diciendo: «No llores, hija, alégrate con gran alegría, porque Pelagia ha elegido la mejor parte, como María, a quien el Señor en

el evangelio prefirió a Marta». Pelagia se había ido a Jerusalén y se construyó una celda sobre el monte de los Olivos, y allí oró al Señor.

13. Poco tiempo después, el obispo de la ciudad llamó junto a sí a todos los obispos a fin de que cada uno regresase a su propia sede. Luego de tres o cuatro años, yo, diácono Santiago, deseaba ir a Jerusalén para adorar la resurrección de nuestro Señor Jesucristo y pedí a mi obispo que me dejase ir. Habiéndome dado el permiso, me dijo también: «Te pido, hermano Santiago: cuando llegues a Jerusalén, busca - entre la gente - a un tal hermano Pelagio, monje y eunuco, que desde hace muchos años habita encerrado en soledad; porque, en verdad, podrás sacar provecho de ello». Pero todas estas cosas él me las decía ocultamente refiriéndose a la sierva de Dios Pelagia.

14. Llegué a Jerusalén y adoré la santa resurrección de nuestro Señor Jesucristo y al otro día me puse a buscar al siervo de Dios. Llegué y lo encontré sobre el Monte de los Olivos, donde oraba al Señor, en una modesta celda cerrada por todas partes y que tenía una pequeña ventana en una de las paredes. Golpeé sobre la abertura de la ventana y enseguida me abrió, y me reconoció, yo, en cambio, no la reconocí. ¿Cómo podía yo reconocer a aquella a la que antes había visto con una inestimable belleza y que ahora se había transformado con el rostro lánguido por la excesiva abstinencia? Sus ojos, en cambio, parecían los mismos. Me dijo: «¿De dónde vienes, hermano?». Yo le respondí: «He sido enviado a ti por el obispo Nono». Ella respondió: «Que él ore por mi, porque es un verdadero santo de Dios». Y al instante cerró la puerta de la ventanilla y comenzó a salmodiar la hora tercia. Yo, entonces, oré junto a la pared de su celda y regresé, habiendo sacado mucho provecho de la visión angélica que tuve de ella. Regresando luego a Jerusalén, comencé a visitar a los hermanos, andando por los monasterios.

15. Una gran fama se había difundido en los monasterios acerca del hombre de Dios, Pelagio. Decidí regresar a él una segunda vez, para ser nutrido de sus saludables enseñanzas. Y cuando, llegado a su celda, golpeé y hasta osé llamarlo por su nombre, no me respondió nada. Esperé, perseverando, un segundo y tercer día, y llamándolo con su nombre -Pelagio- no oí a nadie. Por lo tanto pensé dentro mío: «O aquí no hay nadie, o aquel que

era monje se ha ido de aquí». Advertido luego por un impulso de Dios, dije entonces: «Verificaré a ver si por acaso no está muerto». Abrí la puertita de la ventana y lo vi muerto, y volví a cerrar la puertita, cubriéndola diligentemente con barro, y me fui corriendo a Jerusalén y anuncié que el santo monje Pelagio, el que hacía maravillas, había muerto.

Entonces los santos padres vinieron con monjes de diversos monasterios y de esta manera fue abierta la puertita de la ventana y fue sacado fuera su santo y pequeño cuerpo, que arreglaron dignamente con oro y piedras preciosas. Y mientras los santos padres ungían el cuerpo con la mirra, descubrieron entonces que era una mujer; ellos querían ocultar el prodigio, pero como ésto no podía quedar escondido al pueblo exclamaron a grandes voces: «Gloria a ti Señor Jesucristo, que tienes tantas riquezas escondidas en la tierra, no solamente masculinas, sino también femeninas».

El hecho se divulgó en todo el pueblo y vinieron de todos los monasterios de vírgenes, tanto de Jericó cuanto del Jordán, donde el Señor fue bautizado, con velas y antorchas, cantando himnos; y así fueron sepultados sus santos restos, llevados por los santos padres.

Esta es la vida de una prostituta, esta es la vida de una mujer sin esperanza: junto a ella también a nosotros Dios nos haga encontrar su misericordia en el día del juicio; porque para él son el honor y la gloria, el poder y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.